

El padre castigado.

El marqués Derfort se casó á la edad de cuarenta años con una hermosa señora, con quien hubiera vivido en la mayor felicidad si la muerte no se la hubiera arrebatado al hacerle padre de un hermoso niño. Inconsolable quedó con tan lamentable desgracia, y para aliviar sus penas dirigió su atención y ternura á la educación de su hijo. Creció este en edad, en estatura y en talento: su padre le rodeó de excelentes maestros, y con su auxilio hizo progresos en las letras. Ricardo era cortés, generoso y benéfico para con los desgraciados.

Pero todas estas ventajas las oscurecía un desmedido orgullo, que, estimulado por su padre, le hacia incurrir en una ridícula manía. Tal era la de la vana ostentación de los títulos y prerogativas de su familia. « Piensa, le decía el marqués, que circula por tus venas la sangre mas ilustre de Francia, que cuentas siete siglos de nobleza, y que la historia de tus antepasados se confunde en la noche de los tiempos. » Les profesores de Ricardo estaban encargados de inculcar estas máximas en el joven, con lo cual llegaba al extremo su altivez; de cuyo estímulo no tenia gran necesidad, porque naturalmente era soberbio en demasia.

Quince años tenia Ricardo cuando su padre se vió precisado á ausentarse á una provincia, dejando encargado muy particularmente al ayo hiciese instruir al joven en el manejo de la espada; pues la esgrima, decía, es una de las habilidades mas útiles á un noble: lo que cumplieron puntualmente, logrando hacer de aquel un furibundo espadachin... Hacia dos años que el marqués estaba ausente, y ya habia escrito el día fijo de su regreso, cuando recibió una carta del ayo de Ricardo en que le decía entre otras cosas:

« Al salir de la ópera hace tres días vimos junto al coche dos jóvenes que decían: Baron, te equivocas, este no es tu coche, examina las armas. — Tienes razón; las mías tienen un águila mas. Estas son de Derfort, y á fe que casi valen tanto como las mías. — ¿ Conocéis al caballero Derfort? dijo Ricardo acercándose. — No por cierto, ni deseo conocerle. — Pues tened entendido que si sus armas no valen tanto, su espada vale mas que la que inútilmente lleváis pendiente de la cintura. — ¡ Insolente! — Pocas palabras; seguidme y conoceréis á Derfort.

» Salieron los dos al campo seguidos de mí y del amigo dél incógnito, sacan las espadas y vuestro hijo recibe una herida mortal. Un instante despues se presenta en el lugar de la catástrofe el conde Dorimon padre del adversario y exclama: ¡ Qué obcecación, matarse por un aguilucho mas ó ménos! Mi hijo hubiera dado cuantas satisfacciones se le hubieran exigido ántes de llegar á tal extremo. ¡ Ese no es valor sino barbarie!... ¡ Quién os ha enseñado á matar ó ser muerto por una vana palabra?... ¿ Acaso es mas honrado el muerto ó el matador que el que se rie y menosprecia tan ridículas quimeras?...

» Vuestro hijo fué trasportado á casa, donde acaba de espirar, lamentándose de la educación que ha recibido y que en tan temprana edad le ha conducido á la tumba. » Así terminaba la carta: apénas la leyó el marqués se apoderó de él una melancolía tan profunda que en poco tiempo le condujo al sepulcro, pagando así las locas preocupaciones que habia infundido en el ánimo del desdichado joven.... Por nada en el mundo, añadió Palemon, me confesaria yo hermano, amigo y mucho ménos padre de un espadachin, de un duelista, de un tigre sediento de la sangre de sus semejantes.

Mucha fué la energía con que Palemon pronunció estas palabras; pero mucho mayor era aun la confusión con que Armando las escuchaba: por fin se arroja á los piés de su padre y le dice: — No, padre mio, no soy ningun tigre; ni volveré á incurrir en la falta que hoy he cometido... sabed que... — Todo lo sé: mas sin embargo refiérelo, por el ejemplo que debes dar á tus hermanos. — Pues oid: Hace pocas horas que viniendo de paseo, preocupado en resolver un problema de matemáticas, encontré á Julian, que mirándome se puso á reir. — ¿ De qué te ries, salvaje? le dije. — De tí. — ¿ De mí, insolente? — La insolencia es tuya; ¿ quién eres tú para tratarme con tanta soberbia? hijo de un labrador como yo, con la diferencia de que mi padre siempre ha tenido criados y el tuyo ha sido un jornalero. Irritado del poco respeto con que hablaba de vos, le di un bofetón; quiso él darme otro, pero nos separaron las gentes que pasaban; me desafió, acepté, y mañana debemos reñir á palos.

Muy bien, Armando, ¡ ya estás en el caso del hijo del marqués!... ¿ y sabes por qué se reia Julian? — Sí, señor, despues lo conocí, porque el aire me habia llenado de hojas el sombrero; pero haberos tratado de jornalero.... — Tiene razón... y me honro de haberlo sido... el hombre que prospera á fuerza de economía

y trabajo, vale mas que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulacion.

Un general en jefe de un ejército, que acompañado de su estado mayor y lleno de condecoraciones pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, German y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluida la comida, dijo el general : Hoy soy vuestro jefe ; pero habéis de saber que empecé mi carrera por los grados mas ínfimos ; hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, despues me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí, y hoy vuelvo á mi patria... Estos respetables ancianos son mis padres... Atónitos quedaron todos y mucho mas los aldeanos que contaban á su hijo por muerto ya hacia muchos años... abrazáronse todos estrechamente, y lo que mas entusiasmaba al veterano era el deber sus adelantamientos al valor, á la aplicacion, á la actividad.

Ahora, Armando, continuó Palemon, creo no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales. — Padre mio, espero vuestras órdenes. — ¿Mis órdenes?... Pues bien ; mañana... Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julian y de su padre. Armando al ver á aquel se puso encendido, pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusion. El hijo de Palemon pidió á Julian le perdonase. — Ya está expiada tu falta, respondió este ; si el bofeton que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

Aprovechaos de esta leccion, hijos míos ; huid de herir en lo mas mínimo la susceptibilidad de nuestros prójimos, y si llegáis alguna vez á ofenderlos ó recibir algun agravio, preferid pedirles perdon ó perdonarlos, al triste recurso de exponer vuestra vida ó de privar á una honrada familia de un padre, un hijo ó un hermano, en quien quizá se hallen cifradas todas sus esperanzas.

TARDE X

EL AGRADECIMIENTO

Por rico, por agraciado,
Por entendido que seas,
Ó encumbrado que te veas,
Siempre habrás necesitado,
La mano que te ha guiado,
Colocado, enriquecido,
Ó qu'zas te ha contenido,
Besa humilde y con llaneza ;
Que es prueba de gran nobleza
Ser el hombre agradecido.

La mañana de este dia estaban los niños reunidos en la sala ; Palemon, á quien creian distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrían aquellos sobre la variedad de historietas que en los dias anteriores habian oido, y de ellas deducían que el corazon humano abundaba en sentimientos de nobleza, de beneficencia, de humanidad ; de que eran excelentes ejemplos Gerardo, Aubri, el conde Dorimon, y otros muchos ; pues si bien Dulis y el jóven Derfort se habian separado del camino de la rectitud y de la prudencia, habia sido vencidos por afectos, pasiones y malos ejemplos, no por perversidad ni depravacion ; y de aqui deducían que cuando la edad los pusiese en estado de presentarse en el gran mundo, debían hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.